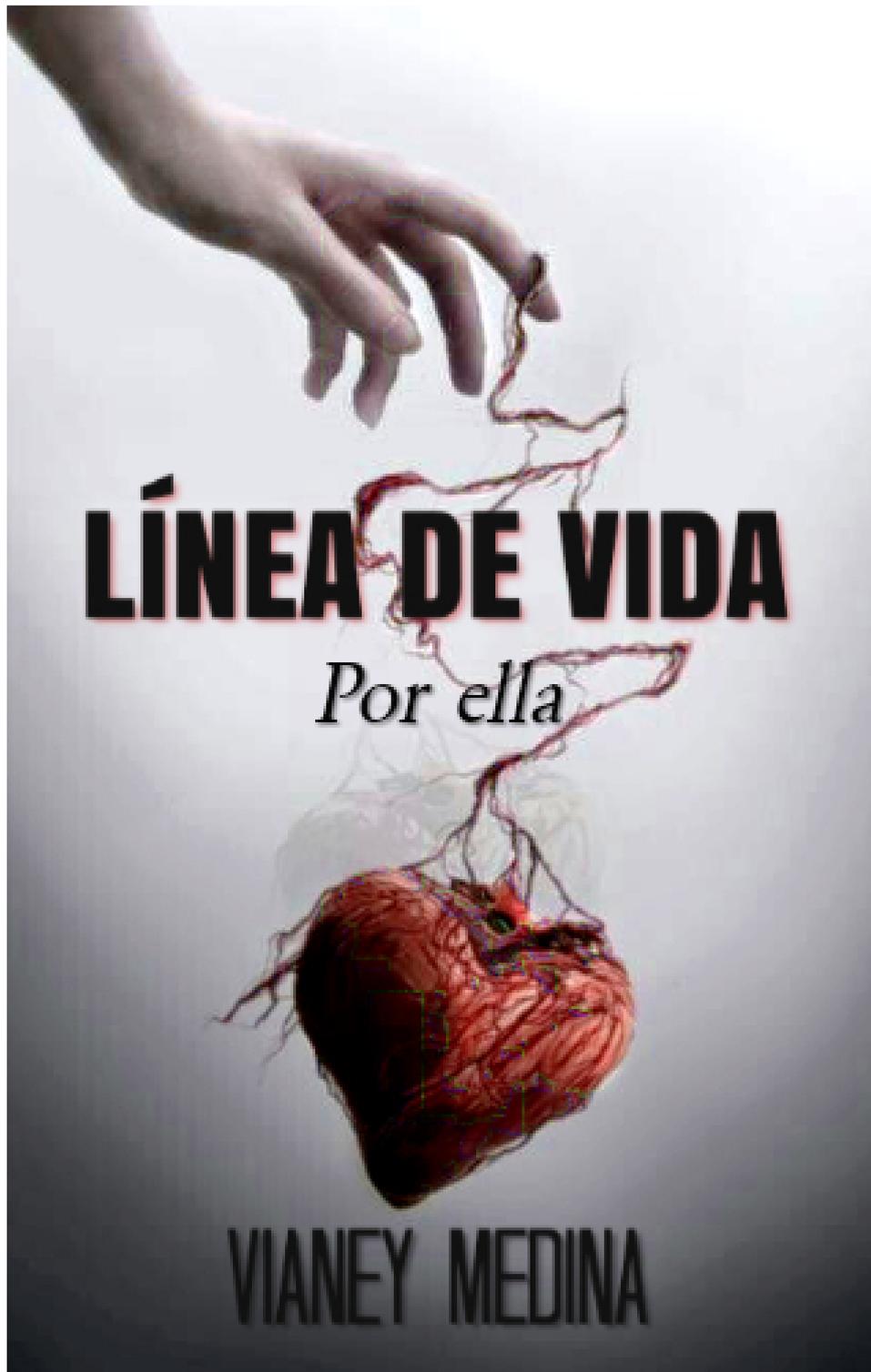


LÍNEA DE VIDA

Vianey Medina



Capítulo 1

Capítulo I

Mi nombre es Ana (El nombre más común del mundo. Bueno, no después de Guadalupe). Si llegan a saber de esta historia no es porque yo la cuente, más bien es porque alguien más se tomó la molestia de hacerla.

Mi vida... hasta ahora, es lo mejor que me pudo pasar en la vida.

Existen diferentes ideas y teorías sobre la vida. Algunas personas creen que es una y debe vivirse al máximo. Otras, que es difícil, demasiado cruel para seguir en ella. Incluso algunas piensan que pueden manipularla a su antojo, tanto la suya como la de alguien más. Pero yo... jaja, yo creo que la vida es prestada y lo prestado se debe valorar y respetar. Si Dios se quitó aquello fue para dártelo, porque le importas y, por lo tanto, no se debe manejar a la ligera porque se puede romper y cuando algo te importa lo cuidas.

Mi acta de nacimiento hasta ahora llega a los cuarenta y cinco años, pero comenzaré a contarles a partir de mis primeras memorias. Solo espero no aburrirles con mis dramas.

Quizás algunas personas se identifiquen conmigo, pero tendrían que haber sufrido mucho para ello.

Fui la primera de cuatro hermanos, en una familia de lo más normal. Agradezco a Dios por ello. Desde pequeña me vi metida en problemas, incluso para nacer porque mi madre tuvo que pasar por mucho para concebirme. Como perder un bebé antes de mí y tener que aguantar mi frágil cuerpo una vez que me tuvo.

Ella decía que perder a su primer bebé fue la peor experiencia de su vida, lo que ella no sabía en ese momento es que no sería la peor, más bien la más ligera porque lo peor vendría después. Mucho tiempo después.

Como les decía, fui la primera alegría y razón de vivir de mi madre. Cuando nací estuve muy delgada, tan delgada como la pequeña y ligera línea que separa la vida de la muerte.

Dios me ayudó a salir de aquel primer problema, permitiendo que mi madre dejara de sufrir por mí, por mi posible muerte, una que en ese momento no llegó y espero no llegue pronto.

Nací muy diferente a los bebés bonitos y rosados de las revistas, era muy rara pues sólo tres cabellos formaban parte de mi cabellera. Mis padres, como cualquier padre orgulloso, decían que era el bebé más lindo de este mundo. Seamos sinceros, todos los bebés son completamente feos, hasta ahora no comprendo por qué tanta hipocresía al decir que los bebés son lo más bello.

Como típico bebé nací manchada en sangre. Aunque pensando mejor, no tan típico. Uno de mis pulmones no fue tan fuerte como el de cualquier bebé promedio, más bien fui una niña atípica.

Tuve que pasar más tiempo del normal en el hospital para que ellos maduraran, pero para mi fortuna, aunque suene egoísta, no sufrí nada o por lo menos no forma parte de mis memorias.

No recuerdo qué sentí cuando los vi por primera vez, no recuerdo qué pasó por mi mente en aquellos momentos, pero ellos me dicen que fui la luz en sus vidas, que salve a mi madre de la depresión, del sufrimiento de sentirse incompleta por no poder tener bebés, después de haber perdido a mi primer hermano.

Joaquín... Mi madre era tan sentimental que le puso nombre antes de nacer. Entre su pobreza le compro todo lo que pudo, antes de que él llegara a este mundo. Nunca se imaginó que solo llegaría para verlo unos segundos y después mirarlo por última vez porque él se marcharía para siempre sin tener tiempo de hacerla feliz. Por ese motivo no tuve nada de ropa, ni cobijas al nacer. Por culpa de él, pero bueno... Dios sabe por qué se lo llevó. Quizás necesitaba más gente buena a su lado, porque estoy segura que él está con Dios y espero poder verlo algún día, convertido en el hombre que debe ser ahora. Me pregunto ¿a quién se parecerá? ¿A mamá, papá o a mí...?

La vida de un niño promedio es simple. Escuela, amigos, tareas, televisión, y podría seguir con un sin fin de actividades, si al menos yo hubiera experimentado una vida normal.

Cualquiera que mire en estos momentos mi foto, una donde aparezco en mi primera casa sentada en un triciclo sonriéndole a la vida, porque eso fue lo que siempre hice, jamás se imaginaría que tuve una vida tan difícil.

Nací para vivir la mayor parte de mi vida en un hospital. Cuando mis pulmones fueron lo suficientemente fuertes, mi madre salió de aquel lugar sin imaginar que tiempo después volvería. Un tiempo más corto del esperado.

Un día, corriendo en la escuela como cualquier chica normal, sufrí un desmayo repentino. Los maestros y todo el personal se alarmaron, pero no más que mi madre. Ella me llevó al médico para una exhaustiva búsqueda de aquello que ocasionó mi desmayo. No sé si fue por lo vivido con Joaquín, pero en ese momento vi miedo en su mirada.

Los resultados de esa búsqueda arrojaron algo simple, aquella chica rubia tenía un soplo en el corazón que de nacimiento no había cerrado, pero que, 'según ellos' el tiempo se encargaría de curar, lo único era tener más cuidado para no sufrir algún desmayo de nuevo y monitorear que aquella

variación cerrará por completo.

Y ahí iniciaron mis limitaciones y prohibiciones. Ana no podía correr, lavar ropa, llevar algún susto, tener emociones fuertes, etc. Mi vida debía ser muy simple y creo que por eso siempre fui una mimada, cosa que agradezco a mis madres y amigos por haberme cuidado tanto.

Amigos... palabra muy bella y que poca gente puede emplear correctamente. Tuve muchos, y estoy completamente segura de que tuve a la mejor.

Lucía, o como yo le decía de cariño, Lucí. Fue la chica que más me cuidó en mis enfermedades, con ella viví muchas experiencias y fue mi mejor amiga en la vida.

Sabes que te estoy agradecida y si nunca te dije esto creo que es momento de hacerlo: GRACIAS, MUCHAS GRACIAS POR TODOS NUESTROS DESTAMPES. Sin ti, mi vida habría sido muy aburrida y vacía, no sólo fuiste una amiga, fuiste la hermana que nunca tuve.

También existieron muchos otros amigos importantes, ellos saben quiénes son, también a ellos les debo muchas alegrías.

Mis padres.

Fueron las personas más sociables de este mundo, creo que de ellos aprendí cómo tratar a la gente. Fueron comerciantes desde que tengo memoria, pero en aquellos tiempos (durante mi niñez y adolescencia) se encargaban de vestir a gran parte de la sociedad. Vendían ropa de alta calidad. Por ello teníamos un nivel de vida diferente.

A casa, cada fin llegaba un amigo diferente. La comida abundaba, al igual que el alcohol, por ello tenía la facilidad de conocer gente nueva.

Recuerdo que me mataba la cabeza buscando como jugar con aquellos que llegaban. Ya que esos juegos (según el médico), no debían implicar un gran esfuerzo físico. Como buena rebelde que siempre fui sudaba y corría como si fuera normal.

Un día de aquellos donde me sentía una rebelde, cuando creía que mi suerte no podía cambiar, sucedió lo inesperado. Aquella niña le sumó una enfermedad más a su cuerpo. Para esto no había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en el hospital y como buena chica no podía estar tanto tiempo lejos de ese olor tan característico.

Era un fin de semana normal. Mis padres habían invitado a unos señores que más adelante se convertirían en los padrinos de mis hermanos varones. Ellos habían llegado con sus hijas, dos chicas, una de aproximadamente mi edad y la otra más pequeña, como de cuatro años.

Llegaron desde la mañana, por lo que tuve el tiempo suficiente para entablar plática y amistad con ellas. Al mediodía ya éramos mejores amigas, y para la tarde éramos familia.

Habíamos jugado toda clase de juegos existentes e improvisados, pero nos faltaba uno, el fatal.

Tenía un ropero muy grande, siempre me preguntaba si algún día mi madre lo llenaría con toda mi ropa. Porque aquel objeto medía como mil metros. Ya sé que puede sonar exagerado, pero cuando eres una niña pequeña todo se te hace del tamaño del universo.

O por lo menos para mí sí y debo levantar la mano porque me merezco un reconocimiento a la chica más idiota de este mundo. Se me ocurrió la idea más estúpida: conquistarlo. Y, para terminar, hacer alarde de mis dotes

de escaladora con las chicas, como si esa victoria me hubiese dado alguna ventaja de más.

Qué torpe fui.

Para ellas también era enorme la altura de aquel mueble, por lo que les pareció una buena idea conquistar esa montaña. Los pasos fueron marcados por mí y para mi suerte subí con éxito. Mis padres ni enterados, ellos estaban en su mundo de plástica y nosotras en mi cuarto sobre nuestro Record Guinness, a unos minutos de convertirnos en las chicas más jóvenes en escalar el monte Everest.

Al ver mi éxito las chicas quisieron imitar mis pasos. La mayor logro con éxito lo que yo logre, pero la pequeña no corrió con la misma suerte.

Ella dio inicio a su escalada. Primero brazos y luego piernas, secundando lo que su hermana y yo habíamos hecho. Los primeros metros fueron un total éxito, pero a la mitad y a pesar de que ella pesaba mucho menos que nosotras, la montaña se cansó y comenzó a tambalear. Creo que ya estaba aburrida de tanta niña loca que la había lastimado.

Como ella estaba a mitad de camino, tuvimos miedo que al soltarse se lastimara, así que le pedimos que aguantara un poco más en lo que su hermana iba por ayuda. Entre su miedo no pudo emitir palabra alguna, solo movió su cabeza afirmando nuestra petición. Sé que puso todo su empeño para no caer, pero ese todo no fue suficiente.

Su fuerza no bastó y antes de que pudiera darse cuenta y reaccionar, ella cayó al vacío y, detrás de ella, la montaña.

Capítulo 2

Capítulo II

Mi madre dice que siempre tuve dotes de heroína, en ese instante simplemente salieron a flote. No recuerdo en qué momento me interpose entre esa montaña de madera y la niña, porque de algo estaba segura, si aquel mueble le caía la habría matado al instante.

Lo único que recuerdo es poner mi cuerpo flexionado en forma de u invertida, de tal manera que mi espalda detuviera aquel pesado mueble. Un sonido agudo y seco fue generado por mi espalda.

Los gritos de mi madre y de todos aquellos que la acompañaban fue lo último que recuerdo. Fue tanto el dolor que perdí la conciencia al instante.

Desperté tiempo después en la cama de aquel lugar que no me permitía estar tanto tiempo alejada... El hospital. Al abrir mis ojos pude ver a mi madre llorar, también quería hacerlo porque el dolor tan intenso que sentía en mi espalda me incitaba a eliminar de alguna manera mi sufrimiento.

Por ella no lo hice. Sabía que eso le traería más tristeza, mirarla llorar sin tapujos fue duro para mí.

Al levantar la vista corrió así mí, me dio un beso en la frente, limitándose solo a esa muestra de afecto para no dañarme. No me regañó ni nada, solo me pregunto si sentía algún dolor, a lo que respondí que no, ¡claro!, debía mentir, no me gustaba dañar a las personas y de haberle contado mis dolores ella podría romperse, así que decidí callar. El único detalle es que no sabía por cuánto tiempo podía sostener mi mentira.

Ella me explicó que toda la noche tuve la espalda al descubierto, habían operado mi columna toda la madrugada para poder salvarme, aquellos esfuerzos no eran suficientes, el riesgo de quedar invalida era latente.

Afortunadamente esa información la obtendrían mucho tiempo después, no en ese momento, pero con la ayuda de Dios existían grandes esperanzas de que mi columna resistiera y para mí suerte así fue.

Eso no importaba tanto, la heroína que vivía en mí quería saber que había pasado con la niña. Cuando al fin me informaron una alegría inexplicable me invadió y supe que esos dolores solo eran un pequeño pago por nuestro peligroso juego. Estaba dispuesta a sufrir todo aquello solo por saber que estaba vivía. Estoy cien por ciento segura que volvería a hacer

mi acto heroico si la situación lo ameritara.

Tarde mucho tiempo en el hospital, Lucí fue una de las personas que más me visitó, la niña y toda su familia también. Fue gratificante que entre lágrimas su madre me agradeciera. Ese fue mi mejor pago, aquel agradecimiento eterno.

Cuando todos se iban y me quedaba sola era cuando la pesadilla daba inicio y los dolores se hacían más fuertes. Tanto que llegó un momento en el que ya no pude seguir mi farsa y tuve que enterar a mis padres de mi tortura.

Los doctores me sedaban para que no sufriera. Inconsciente era la única manera en que los dolores se iban y volvía a ser la misma chica de antes. Qué ironía en verdad.

Cuando me tocó ser dada de alta mi herida dolía menos, eso sí, no podía caminar y por un tiempo use silla de ruedas. Recuerdo que cuando mi madre me creía dormida le pedía a Dios por mi salud, mi pobre madre y sus peticiones que siempre fueron escuchadas.

Tiempo después, con muchas horas de terapia y el dolor que ello conlleva, lentamente, mis piernas me permitieron ser libre, de nuevo, pude caminar. Ese día fui feliz, dejar a un lado la silla de ruedas fue lo mejor que me pudo pasar en la vida, sólo lamento no haber conservado aquellas personas que lucharon a mi lado en aquellos momentos.

Los infernales dolores tardaron en irse mucho más tiempo del planeado, hacían acto de presencia solo con lluvia, porque todas aquellas piezas metálicas que ahora eran parte de mí se sensibilizaban con las tormentas. Me retorció de dolor. Muchas noches me tenían que llevar para que me sedaran de nuevo porque era muy difícil para mí resistir.

Como en aquellos años no existan los avances de ahora, me tocó pasar esos malos momentos más tiempo del deseado.

Más tarde a mis catorce años la tecnología cambió, ofreciendome la posibilidad de minorar esos dolores por el resto de mi vida. Me tendría que someter a una nueva operación, la cicatriz que nacía desde mi cuello hasta mi coxis sería abierta de nuevo. Esta vez con la intención de sacar esos fierros y poner nuevos, unos menos sensibles. Ahí mi sufrimiento llegaría a su fin. Por ello mis padres aceptaron aquel procedimiento sin lugar a dudas.

Yo estaba dispuesta a todo. La cirugía fue planeada para una fecha que no recuerdo con claridad y en verdad no es importante, lo importante fue lo que vino después.

Faltaban unos meses para mi operación, mis nervios no existían porque la fecha estaba lejos.

Los tiempos de lluvia se acercaban y mi familia y yo ya sabíamos la rutina. Cremas en mi espalda para desinflamar, visitas al médico, medicamentos caros, sedantes, etc. Mis pobres hermanos que ya habían nacido (dos para ser exacta) ya sabían que tenían que quedarse con mi padre en casa, solos, porque ella estaba luchando a mi lado.

Todos ya sabíamos lo que nos esperaba, pero una noche una mágica e increíble noche difícil de creer tuve un sueño, uno que cambiaría mi sufrimiento. Por lo menos de columna.

Recuerdo ese sueño como si en verdad lo hubiera vivido. Fue simple, soñé que una señora morena llegaba a decirme que me tallaría para que ya no sufriera más. Me dijo que había sido una buena chica y no merecía seguir sufriendo. Ella me pidió permiso para darme su ayuda, en aquel momento nada tenía que perder, así que le di mi total autorización. En ese sueño no había nadie más, solo ella, mi dolor y yo.

Pasó sus manos por toda mi espalda de eso estoy segura, también pude mirar un poco el movimiento de sus labios como si formara palabras, como si ella orará.

Estuvo un largo rato en su ritual. Cuando termino me dijo que ya estaba hecho, que nunca más sentiría dolor por ello. En mi sueño sinceramente no sentí mejora, solo le agradecí por el tiempo que se había tomado en venir a casa e intentar ayudar.

Recuerdo que al día siguiente no le conté nada a mi madre, ya que todo fue producto de mi mente en mi afán de querer olvidar esos dolores.

Tiempo después, sucedió la magia, los días de lluvia llegaron, pero mis dolores no volvieron a hacerse presentes. Mis padres y los doctores se extrañaron porque todo seguía normal, ellos no se explicaban que impedía mi sufrimiento, obviamente la operación se pospuso.

Tiempo después no requerí de ella. Todo gracias a aquella señora que ahora ya no sé si fue un sueño o parte de mi realidad.

Mucho tiempo después le confesé a mi madre aquel raro y divino sueño. Ella sacó conclusiones bíblicas al igual que yo, desde ese momento ella se convirtió en mi protectora y salvadora. Les dejo a su criterio si deben creer o no.

Capítulo 3

Capítulo III

Bueno aquí inicio con algo vergonzoso porque no siempre fui súper fashion, también tuve momentos crudos y negros en lo que respecta ropa.

Como típica familia mexicana y ante tanto sufrimiento y porque muy en el fondo de mi corazón yo también quería, me festejaron mis quince años. Fue la fiesta más grande que tuve en mi vida, amigos de todas partes y familia de todos los lugares del país llegaron para celebrar conmigo.

¡Dios! Si pudiera cambiar algo de mi vida, sin duda sería ese momento.

La fiesta fue mágica en verdad, solo quitaría el baile de la muñeca (uno que prefiero no especificar más, más que nada por pena) y bueno también aquel vestido rojo, si rojo. Mi madre adora ese color y por todo lo que había hecho por mí se merecía tener algún capricho conmigo y fue ese, un vestido sin gracia y lo peor que fue utilizado afortunadamente para un baile. Si están asociando la muñeca con ese baile les debo decir que están en lo correcto.

La comida no faltó y los regalos tampoco, considero que muy en el fondo no cambiaría nada de aquel día, pero bueno, no debo sonar tan feliz por aquellas dos cosas de mal gusto que arruinaron mi fiesta.

Después de mis quince mi vida de niña bien se vino abajo. Aquellas salidas y comidas en sociedad se terminaron por un error de mi padre, esto cuando tenía dieciocho años. En su afán de ayudar a uno de sus hermanos pidió un préstamo tan grande que sus activos y liquidez no fueron suficientes para solventar.

Todo por lo que ellos habían luchado por tanto tiempo se terminó, las deudas ahorcaron y se llevaron todo. Aquellos cuartos llenos de mercancía se terminaron, las ventas y pedidos eran imposibles de mantener. Lo único que pudimos mantener fueron muchos clientes insatisfechos porque fue imposible satisfacerlos sin dinero.

Para mi tío fue todo lo contrario, él se hizo más rico y poderoso. De aquel hermano que tanto le ayudó nunca se acordó, solo nos dio un pequeño carro de regalo para que pudiéramos movernos de residencia.

En casa dejamos todo, los cuadros, las camas, todos aquellos bienes materiales que nos pudieran permitir tener una vida más cómoda en nuestro nuevo hogar simplemente fueron olvidados porque los recursos eran insuficientes como para pagar una mudanza. Apenas alcanzaba para

comer.

No solo se quedaron los pocos bienes que teníamos en aquel lugar. También dejamos amigos valiosos, prometiéndoles que algún día regresaríamos para vivir de nuevo en esa burbuja que jamás pudimos generar. Lucía mi amiga también estaba incluida en esos amigos olvidados, la niña de los ahora compadres de mis padres también. Todas y cada una de las personas que me importaban se quedaron en el olvido.

Solo con Lucí mantuve contacto, pero unos años después, todo lo demás quedo allá por un largo y pesado tiempo.

Llegamos los seis a un territorio desconocido para mis hermanos y para mí, mi hermanita que solo tenía dos años de nacida nunca miro aquella vida de opulencia que mis hermanos y yo si vivimos, pero era tan pequeña que tuvo la dicha de no extrañar aquello que simplemente no había conocido.

Anduvimos por muchos lugares buscando aquel hogar que fuera el indicado para nosotros, nos tocó dormir en el carro muchas noches porque no teníamos ni un peso para buscar asilo.

La familia de mi madre nos brindó su apoyo, solo que a su manera. Ellos eran muy pobres, nos ofrecieron un techo donde dormir solo por unos días y eso porque el orgullo de mi madre no le permitía pasar más tiempo con ellos.

Cuando por fin se tuvo el dinero (porque la anterior casa donde vivíamos había sido rentada por unas personas), se buscó lo que sería el hogar de todos por unos tres años. Nada tenía que ver con la anterior vivienda, más bien era una vecindad de quinta, pero eso sí, con gente de primera que en más de una ocasión nos compartió un plato de comida.

Con una calidad de vida muy deprimente continuamos adelante. Mis hermanos en la secundaria y yo en la preparatoria, mi hermana era un bebé por lo que la escuela era un tema que ni siquiera pasaba por su cabeza.

El nuevo mundo donde nos desenvolvíamos nos limitaba mucho, estar rodeados de personas de dudosa moralidad nos limitaba a entablar plática, solo dos vecinas y sus hijos de toda esa gente fueron nuestros amigos, el resto según mi madre era mejor mirar de lejos y que razón tenía.

El casero era la peor persona que podía existir en el mundo, el típico hombre calvo con la típica vida de mierda que cree que es superior a los demás. Él nos hizo la vida miserable. Cuando la renta por la primera casa dejo de llegar los atrasos en los pagos de nuestra mensualidad también se

vieron afectados (solo por una semana) y él ya quería sacarnos de allí, pero el poco dinero que mis padres ganaban nos permitió aguantar sus humillaciones y quedarnos un tiempo más.

Como dije antes, tres años después, cuando la bebé ya requería de una escuela y entre tanto sacrificio de mis padre pudimos hacernos de una casa propia, salimos de ese espantoso lugar, por fin pudimos olvidarnos de aquel mal hombre que mucho tiempo después Dios le demostró que todo tiene un precio. Pobre, en verdad no merecía morir de esa forma. Viejo, enfermo y solo.

Recuerdo que le ofreció a mi madre darle renta gratis a cambio de que lo cuidáramos, ella con una media sonrisa le dijo que era una linda oferta, pero ahora ya no era necesaria.

Los amigos nuevamente fueron dejados para mudarnos de casa. En algún momento en mi cabeza creí que la nueva casa sería como la primera, pero no fue así, las cosas de nuevo cambiaron, nuestro nuevo hogar era solo un cuadro con piso y eso que tenía piso por mi hermana que no podía vivir en lo sucio. Fue una pesada desde bebé.

Con un techo y un suelo fue lo único con lo que nos mudamos a nuestra nueva casa, las camas viejas también se trajeron, pero ni eso amortiguaba el frío y el dolor. Para mí era una tortura recordar aquellas cosas que añoraba tener y que simplemente no podía. Rememorar mi vida de antes y la nueva era lo peor que podía hacer porque solo me torturaba, pero era algo inevitable.

Cuando le tocó el turno a mi hermana de ir a la escuela yo fui su cuidadora y de alguna manera su madre. Mis padres trabajaban en el pequeño local que mi padre había conseguido. Juntos nos daban alimento y educación a todos nosotros.

La nueva casa poco a poco se convirtió en nuestro hogar, de manera lenta fueron llegando las comodidades, algunas regaladas por dos de las personas que más nos apoyaron, dos de los tíos que más quise, pero que en estos momentos ya no están con nosotros. Ellos no sólo se quitaron muchas de sus cosas para que nosotros fuéramos felices, también le quitaron esos objetos a sus hijos, pero ellos no vieron eso, ellos solo miraron el bien que le hacían a su hermana. Mis primos, ellos nunca fueron groseros, más bien todo lo contrario.

No toda la familia nos apoyó, también hubieron personas que se sentían tocadas por Dios y nunca nos brindaron apoyo de nada. Mi madre siempre dijo que no era su obligación y que Dios nos mandaba lo que era necesario, si queríamos más debíamos luchar por ello.

Desde que dejamos la vieja casa deje de visitar los hospitales, para mí era perfecto, porque me consideraba una persona normal a pesar de tener la

espalda con mis cicatrices de guerra.

Capítulo 4

Capítulo IV

Cambie los hospitales por los chicos, tuve novios de toda clase, morenos, altos, blancos, ricos, otros menos privilegiados, pero ninguno fue el indicado.

Creí encontrar al amor de mi vida a la edad de veinte años, cuando iniciaba mi licenciatura.

Él era el tipo más...feo de este mundo, pero yo lo idolatraba. A él le entregue lo máspreciado que tiene una mujer, pues creí que era el amor de mi vida.

Efectuamos el acto en un motel, ya sé, nada romántico, todo en un ambiente frío ¿que podían saber dos chicos a esa edad? Solo acción y ya, después cada uno a su casa. Qué tonta fui.

Lo presente en casa y aunque mi madre no lo toleraba del todo y mi hermano menos, pase por encima de sus ideas y nos volvimos formales en un corto tiempo. Cuando hablábamos del futuro, solo me veía a su lado y él solo se veía en el mío o eso me hacía creer.

Visitaba a su familia constantemente porque él también me había presentado de manera formal, todos me estimaban y yo a ellos. Hasta que la vida me abrió los ojos y me di cuenta que nada era lo que parecía.

Un día su tía me invitó a almorzar, él obviamente no sabía que yo estaría allí. Después de esa rica comida nos dispusimos a platicar un momento en el cobertizo de su casa. Fue cuando lo vi llegar con ella. Aquella desconocida hasta ese momento para mí. Verlos bajar del coche no me dio ninguna idea, el detalle vino cuando ella fue levantada por los aires y besada por aquellos labios que me habían prometido amor eterno.

Mi corazón se rompió en más de mil pedazos, a cómo pude los recogí todos y junto con ellos mi dignidad. Salí de aquella casa para nunca más volver. En el camino solo pensaba que tanto él como su familia (aquellos que juraban quererme) se habían burlado de mí, no podía creer que existiera gente así. Había perdido mi tiempo y algo más con él, pero a estas alturas de mi vida puedo decir con total sinceridad que ya no importa.

Llegue a casa y llore todo lo que mi cuerpo me permitió. Mi madre al ver el estado en el que llegaba me pregunto qué había pasado para que yo reaccionara así, no pude evitarlo, le comente lo sucedido. Sus palabras en verdad me reconfortaron mucho, dijo que las cosas pasaban por algo, que

de alguna forma aquello era lo mejor, aquel chico no era para mí, era una basura que merecía algo igual a él, también me dijo que dolería mucho, pero que igual más adelante daría gracias por haber visto la verdad a tiempo. Palabras sabias aquellas de mi madre.

Al día siguiente él fue a casa buscando mi perdón, con palabras amorosas y regalos que simplemente no necesitaba. Para mí eso fue un insulto y si algo tengo muy arraigado es mi orgullo y él se había encargado de dañar lo máspreciado, mi corazón.

Ese día sin una lágrima en los ojos me despedí de él, le dije que esa era la última vez que lo quería mirar en casa burlándose de mis padres. Le dije que yo no era la segunda de nadie y él todavía tuvo el cinismo de jurar que yo era la primera, que la otra solo era una distracción, le contesté que no era verdad, que él no sabía lo que quería y que no me quedaría a descubrirlo porque él simplemente no valía la pena.

Los días pasaron y su recuerdo seguía arraigado en mi, sus caricias y su olor quedaron impregnados sobre mi piel. Hasta ese momento era el único chico que conocía todo de mí, incluida mi cicatriz, su traicion dolió más de lo que me habría gustado admitir. Sabía que sería difícil volver a confiar en alguien ya que él había recorrido sobre ella en más de una ocasión, de inicio a fin. Aún así volvi a confiar, mucho tiempo después.

Supere mi ruptura como una valiente, la escuela ayudo mucho en ese proceso al igual que conocer nuevas e importantes personas que tiempo después serían una pieza clave en mi vida.

Mis hermanos crecían, mi mundo cambiaba, las cosas poco a poco regresaban a su lugar.

Llego un momento en el que, la economía familiar permitió regresar a mirar la casa que tiempo atrás dejamos.

Ver la reacción de mis padres a través del cristal de aquel coche, demostrando un sin fin de emociones, al observar con horror por primera vez en diez años su casa fue lo peor que pude vivir a esa edad. Mi padre tenía cara de pena, sabía que todo se había terminado por él. Mi madre, en cambio, tenía cara de rabia e impotencia.

La casa estaba en ruinas, sin pintar, las puertas abiertas, con pasto hasta el tope, basura por todos lados, entre muchas cosas más que no podría describir con palabras.

Nos habían robado. Aquellos desconocidos que rentaron se llevaron TODO, sin nuestro consentimiento. Incluso las fotos en familia que no habíamos podido llevar con nosotros aquella vez. Imágenes que no tenían ni un valor para ellos fueron robadas. Todos esos recuerdos de nuestra infancia,

de aquella vida pasada ahora ni siquiera nos pertenecían.

Mi madre lloró amargamente, sabía que jamás recuperaría aquello que le fue arrebatado. Los vecinos nos contaron que a los pocos meses (quizás cuando dejaron de pagar), llegó un carro de mudanza y se llevó todo. Ellos creyeron que era por parte de mi familia, por ello no llamaron a mis padres o la policía pidiendo ayuda, simplemente fueron observadores.

Ese día, aunque yo no estuve de acuerdo, decidieron que no se haría nada, ya había pasado mucho tiempo desde el robo y las autoridades solo nos harían perder tiempo y dinero.

La melancolía y los recuerdos nos invadieron al dejar la casa nuevamente, aquel primer hogar se quedó solo, abandonado una vez más. Mi madre lloraba y mi padre solo venía mirando la carretera sin decir una sola palabra (algo completamente raro en él), mis hermanos y yo solo nos mirábamos y aunque éramos jóvenes no éramos tontos, sabíamos que teníamos que darles su espacio.

De aquel viaje no pude regresar sin hablar con Lucí, sin ponerme al día, sin descubrir que ya era una bella chica con un novio mayor, pero que a simple vista se veía era el amor de su vida.

Capítulo 5

Capítulo V

Mi vida continuó sin mayor problema. Termine mi licenciatura en enfermería más rápido de lo que habría deseado, mi servicio vino después y un mundo de posibilidades con el.

Mis prácticas me permitieron conocer a un hombre que me ayudaría con mi problema más adelante, más bien un ser de luz, un ángel que Dios me mandaría para hacer mis días más fáciles.

Mi vida en ese momento era perfecta, o al menos eso creía, mis padres no eran ricos como antes, pero teníamos para comer y ahora yo ayudaba un poco en casa. Mis hermanos eran buenos chicos o por lo menos dos, el otro era un loco descubriendo el mundo, pero también era único y él sabe que lo adoro así.

Todo iba bien, trabajaba en una institución privada y mi grupo de trabajo era nada más y nada menos que mis mejores amigos de la universidad. Hacíamos fiestas cada fin de semana en la casa de uno de ellos. De una madre soltera que amaba nuestra buena compañía.

Tenía un amigo-novio que me hacía la vida feliz, porque después de aquel idiota solo tenía eso, amigos-novios, el amor era solo un tabú.

Mi equipo de trabajo y de amigos estaba conformado por cuatro personas, tres chicas y un chico. Inseparables cómo Lucia y cada uno igual de loco que el anterior.

Mis finanzas iban cada vez mejor, aquel "amigo" me había encontrado un mejor y bien remunerado trabajo que incluso podría sacar a mi familia de la pobreza. Y sonará a película, pero es verdad. Días después, cuando me enteraba de esa oferta que por su puesto pensaba aceptar, me vi en la necesidad de declinar, mi vida había dado un enorme e inesperado giro. Algo que aprendí a través del tiempo es que no se puede tener total felicidad, siempre vendrá algo que hará que lo bueno dure menos de lo pensado.

Toda mi tranquilidad y paz se fue un día de agosto del dos mil tres. Esa noche nos preparábamos para laborar como siempre. Tenía a mi cuidado dos pacientes, que solo requerían revisión y medicamento. Después de esas actividades no hacía nada más, era totalmente libre. El problema era que ese día el elevador no servía y yo debía ir a buscar sus medinas. Decidí subir a la tercera planta por mi propio pie. Ahora no sé si me arrepiento, lo único que puedo decir es que esa decisión tan insignificante cambio mi vida por completo, transformando todo en una pesadilla.

Subí por las medicinas y luego baje de nuevo a la sala, llegue a donde estaba mi primer paciente, prepare todo y después...me desperté en el suelo. Una de mis amigas me sostenía, me explico que ahí me había encontrado, me había desmayado de manera repentina.

Teníamos todos los medios y doctores necesarios para mirar el estado en el que me encontraba. No era otro que labios, manos y uñas moradas. Los monitores de corazón y todos aquellos aparatos que conectaron a mi cuerpo encontraron una anomalía en mí. Mi corazón tenía taquicardia, una muy intensa y demasiado pesada para los escasos tres pisos que acababa de subir.

Mi magnífico grupo de amigos me permitió descansar y no trabajar más por ese día.

Al día siguiente regrese como si nada, en todo el día había estado en perfectas condiciones, pero de nuevo mi cuerpo me dio las quejas y volví a caer, para nunca más volver a tener una vida normal.

Todo pasó tan lento y fue tan doloroso que no me quedo más remedio que aceptar aquel nuevo reto que me mandaban Dios y la vida. A los pocos meses de mis desmayos y con un sin fin de estudios supe que aquel soplo que mi corazón tuvo al nacer jamás cerro, siempre estuvo conmigo, me acompañó en cada momento de mi vida. Los doctores me dijeron que estaba viva de milagro.

Me explicaron que el corazón mide lo mismo que un puño, pero que el mío tenía una abertura de tres centímetros exactamente en medio, que si nos ponemos a pensar se trata de centímetros, no es mucho, pero si analizamos que en algo tan pequeño e importante como el corazón, tener ese problema simplemente es todo.

Todo lo que conocía se vino abajo, me aleje de mis amigos, en el trabajo me incapacitaron para laborar y por lo tanto estaba de permiso. Mis hábitos alimenticios cambiaron, mis malas noches con mis amigos también se fueron, incluso aquella chica alegre desapareció por un tiempo ¿para qué iba a intentar tener una vida normal? Yo simplemente no quería seguir respirando, pues ya no merecía la pena vivir...

Me abrume tanto que por un tiempo viví lejos de todo, solo despertaba para comer un poco y recostarme de nuevo, ni mi higiene personal me importó tanto, ni el carro que debía pagar porque antes de toda esa mierda había adquirido uno pequeño para toda mi familia.

Aquel amigo que me había buscado un mejor puesto me contactó de nuevo, preguntando cuando llevaría mis papeles porque yo ya estaba

dentro de aquella importante empresa. Fui cobarde, no tuve el valor de decirle que para mí no existía futuro, preferí engañarlo antes de contarle todo lo que me pasaba. Le dije que no quería moverme de donde estaba, que era feliz con lo que tenía, incluso le dije que no quería luchar por más.

Se enojó, él simplemente explotó, me llamo mediocre, me explico enojado que había pedido muchos favores para que me dieran esa oportunidad y que yo por miedo y mediocre la perdería. Lo que yo no sabía era que también lo perdería a él por un tiempo, en lo que reunía el valor para decirle mis verdaderos motivos.

Él no entendería hasta tiempo después que mi decisión fue lo más valiente que pude hacer, declinar algo tan productivo no es fácil y menos cuando es tu salud y tu cuerpo los que están de por medio.

Capítulo 6

Capítulo VI

Los hospitales de nuevo formaron parte de mi vida, mi familia y amigos fueron quienes más me apoyaron. Pero nada como mi madre, ella cargó con todo el dolor y el peso de ver a su hija en una cama, con un pronóstico de tan solo tres meses de vida...

Los doctores especulaban que solo me quedaban tres meses, antes que mi corazón dejara de latir. Según ellos debía aprovechar todo lo que pudiera, debía hacer lo que se me viniera en gana porque después de ese tiempo viviría solo en los recuerdos de aquellos para los que fui importante...nadie más.

Para una chica de treinta años con una carrera productiva, un empleo bien pagado y un grupo de amigos importantes, era difícil decir adiós.

Decidí hacerle caso a los doctores y conviví con aquellos que me importaban todo lo que pude. Con el poco dinero que me quedaba le compré a mi hermana su primer celular. Verla feliz fue bueno para mí y lo haría de nuevo solo por mirarla así.

A mi madre también le compré cosas, el dinero no me sería de mucha utilidad si moría, el resto fue regalado en productos a mi familia, solo una mínima parte fue destinado para mis gastos funerarios. Incluso mis órganos (que estaban en perfecto estado) los había obsequiado porque serían donados para que pudieran darle vida y esperanza a otras personas.

Me sometí a estudios y a posibles trasplantes de corazón abierto, ¿tenía miedo? Claro que sí, me cagaba cada que viajaba para que me dijeran lo mismo una y otra vez, "si la operamos usted puede morir en la operación, la probabilidad es de un cinco por ciento de éxito".

Tenían tanto tacto, que esas eran sus crueles palabras.

Ahora les pregunto esto: ¿Qué hubiesen hecho de haber estado en mi lugar?

Nada, simplemente nada. Hubiesen efectuado y dado cada paso que yo di. Acepté mi derrota en aquella batalla y estuve dispuesta a morir cuando fuera necesario.

Un mes antes de que llegara la fecha que los doctores habían pronosticado ya no salía, no quería comer, ni nada que permitiera dar señales de que aún quedaban ganas de vivir.

Mi madre de nuevo me salvó. Me dijo que los doctores dicen muchas cosas, pero el único que sabe es Dios porque él nos presta la vida y cuando considera necesario la quita. En ese momento decidí vivir cada día como si fuera el último, porque era cierto, solo Dios sabía si moría mañana o dentro de cincuenta años.

Milagrosamente llegue a Navidad, para esto ya habían pasado cuatro meses desde mi diagnóstico, había sobrevivido treinta días más de lo previsto por los doctores, aquel corazón con abertura de tres centímetros aún tenía vida y no sabía cuánto tiempo más pasaría para que parara por completo.

Aquellas fechas de sembrina tenía planeado pasarlas al máximo y comer de todo sin remordimientos. Qué ironía, toda mi vida me había cuidado y ahora que moría no lo haría más, mi figura era lo último que importaba.

Para el catorce de diciembre mi fin estuvo cerca. Una noche de lluvia, de la nada, deje de respirar, me puse completamente cianótica, mi familia me llevo de urgencia al hospital. Esa noche no la olvido porque mi madre lloraba con desesperación. Mi hermana pequeña también era un mar de llanto, igual que los demás. Menos mi papá, él siempre fue fuerte y me demostró su valentía cada crudo momento que yo vivía.

Mi madre su puso tan mal que no le fue permitido quedarse conmigo, yo no sabía cuánto tiempo debía estar, solo sabía que era muy probable que no viera la luz del sol de nuevo y aunque eso me dolía más que nada, decidí regalarle una sonrisa a cada persona que me cuidaba. Esa cruda y solitaria noche hice prometer a mi hermana que no lloraría más por mí, le dije que con mamá era suficiente, ella que tanto cree en las promesas (porque es muy loca), me prometió que no lloraría más, que ella sería fuerte como papá.

No sé si hice bien en privar a una chica de demostrar su dolor mediante el llanto, pero en esos momentos lo último que quería era verla llorar. Los doctores llegaban y me decían que me iría a casa sin esperanza de vida, decían que lo mejor era morir con mis seres queridos en esas fechas tan importantes.

Decidimos hacerles caso e irnos a casa desahuciadas. Mi nuevo roble jamás lloro cuando escucho eso y menos cuando me vio romperme antes de que llegara a casa con mamá. Era como si hubiese cambiado a mi hermana por alguien frío. Tuvieron que pasar muchos años para que la mirara llorar de nuevo, quince para ser exacta.

Regresé a casa de nuevo, triste, pero tome el ejemplo de aquellos que me rodeaban, fui fuerte e hice como que no pasaba nada, esas fiestas fueron las mejores de nuestras vidas y me prometí que así serían cada una que

Dios me permitirá vivir.

Llego febrero y al ver que seguía con vida y que el nuevo tratamiento que llevaba hacía efecto, decidí pelear mi pensión de invalidez que por ley me correspondía. Mi hermano fue quien se encargó de llevarme a todos lados porque a pesar de que era independiente prefería no manejar para no correr el riesgo de desmayarme y afectar a más personas, mi pobre gordo me acompañó y dio todas esas vueltas conmigo.

Como aquellas personas que se encargan de hacer las leyes nunca pasaran por algo como lo mío siempre me negaban la pensión. Fue difícil, muy difícil, pero lo logré. Aquel hombre que había conocido años atrás, ese que en su momento llame ángel, de nuevo volvió a mi vida para no irse nunca más (cosa que agradezco doctor), él inventó aquellas semanas de cotización que me faltaban para que el sistema me pudiera pagar lo que por ley me correspondía y no solo eso, una mensualidad por el resto de mi vida.

Él se encargó de garantizar una mejor economía para mí e igual se encargó de que aquel medicamento estúpidamente cara que yo compraba con mi dinero y el de toda mi familia, me fuera entregado por aquella institución de gobierno de forma gratuita. Por eso siempre le estaré agradecida por eso y muchas cosas más que hizo por mí tiempo después.

Aunque de nuevo vivía en los hospitales eso era solo un pequeño pago por la vida que tenía, de nuevo y poco a poco recupere la confianza en mí y eso me ayudó a transmitir lo mismo para los demás que en verdad me querían.

Busque un nuevo trabajo de manera informal para no perder mi pensión, viajaba constantemente gracias al éxito de mí local. Para poder comprar productos de venta tenía que viajar a la capital del país, en una ciudad que me hacía más mal que bien porque la contaminación me afectaba más que a la gente normal, pero era inevitable no buscar mejorar mi economía de alguna forma.

Mi mundo mejoraba, cada año era internada y valorada para mirar el avance de mi enfermedad, no negaré que era muy triste descubrir que esa enfermedad iba avanzando con cada segundo que pasaba, pero llego un momento en que todo aquello se me hizo cotidiano y decidí darle un dolor de cabeza a mi vida.

Un día (el menos pensado) me tocó conocer a el hombre que según yo sería el amor de mi vida, un tipo que me ayudó a dejar de pensar en el tiempo que me quedaba en este mundo y me hizo mirar el lado positivo, me hizo creer que merecía ser feliz y arriesgar un poco más para lograrlo.

El único detalle era que ese hombre solo era un celular.

Capítulo 7

CAPÍTULO VII

No lo conocía ni sabía mucho de él, pero las pláticas continuas despejaban mi mente de aquella abrumadora carga que llevaba conmigo llamada vida. Platicar logró enamorarme ciegamente de él, comenzamos el juego de las fotos y al verlo me pareció el hombre más sexi de este mundo e hice todo lo que estuvo en mis manos para lograr que ese hombre fuera para mí.

Aquellas pláticas subieron de todo y en un determinado tiempo ya añorábamos vernos y cumplir todo aquello que habíamos planeado vivir. Para mí era sorprendente que él aun sabiendo cómo me encontraba de salud le resultará interesante, él era mi mundo y yo era el suyo.

Cada vez que iba a cita o tenía alguna recaída él se enteraba obvio por mí y gritaba por estar atado de manos y no poder hacer nada para que mejorara mi situación. Eso solo hizo que lo quisiera más y mi loco amor cruzo fronteras.

Él era de Cuba y yo mexicana, el dinero que me dieron de finiquito lo emplee para ir por él, no me importaba nada, solo estar en sus brazos y ser su mujer de manera legal.

Aunque mi familia no estuvo de acuerdo no me importó, construí y acondicione aquel espacio que sería nuestro hogar, aunque con escasos recursos tendríamos de todo. Él no pudo aportar nada porque su país a pesar de que él era estudiado y uno de los mejores docentes no le proveía dinero suficiente, ganaba para darle de comer a sus hijos y no para contribuir a nuestro hogar. Por ese motivo todo corrió por mi cuenta. Más de cien mil pesos perfectamente invertidos o por lo menos así lo vi en esos momentos y de algo estoy segura. No me arrepiento de nada.

Mi hermano el que más me mimaba, me acompañó a la mitad de mi viaje, nos despedimos en Cancún para que yo tomara el vuelo que me llevaría a los brazos de mi amor.

Al tocar tierra, mi corazón, aquel débil y partido corazón latía con fuerza. Más vivo que en cualquier otro momento.

Mirarlo fue entender que todo valía la pena, el viaje largo, el dolor en la espalda, el dinero invertido, todo, todo valió cada centavo y cada minuto.

Verme reflejada en sus ojos me hizo amarlo más de lo que podía amar a alguien. Nos besamos y ese día fue el mejor de mi vida o mejor dicho esa semana. Al día siguiente nos casamos y fui su mujer de manera completa,

conocí a su familia, hijos e incluso ex esposa. Yo estaba tan segura de su amor que no le di importancia a la recomendaciones que ella me dio.

Él vale mucho, pero no es lo que parece.

Ignoré cada palabra porque solo era una mujer dolida que por fin veía feliz al padre de sus hijos. Olvide lo sucedido con aquella extraña, en verdad no le di importancia a nada de lo que dijo, solo disfrute cada segundo al lado de mi ahora esposo.

Disfruté de su país ya que siempre quise conocer y afortunadamente me tocó la dicha de recorrer. Me subí a la guagua, me fume un puro e hice un sin fin de actividades que la chica enferma de tres meses de vida jamás pensó lograr un tiempo atrás.

Como todo lo bello llega a su fin, aquella semana de ensueño finalizó. Debía regresar a la realidad y esperar unos meses para que al él le permitieran salir para que viviera a mi lado, esos meses fueron un infierno, los afronte con valentía. Hablábamos más enamorados que nunca, añorando fundir nuestros cuerpos en deseo una vez más, como aquella primera vez.

Las fotos ya no bastaban para tranquilizarme, lo quería a él, su aroma, su voz, su sabor y todo su ser.

El tiempo de espera terminó y mi cuento de andas por fin daría inicio (o eso era lo que creía). El primer mes fue difícil porque él venía de otro país y no tenía trabajo. Durante ese tiempo vivimos de mis ingresos. Mi familia a diferencia de otras ocasiones me dieron un poco la espalda, me dejaron sola, principalmente mis dos hermanos, porque mi madre y mi hermano favorito al final se unieron a mi felicidad. Aquellos que creí me ayudarían a tener una vida más feliz al lado del hombre que amaba se alejaron. Ellos hicieron todo lo posible por hacerle ver a él que solo era un intruso y que nunca pertenecería a la familia.

Los cuestioné, llego un momento en el que no aguante sus groserías, mi esposo solo entraba a casa enojado y me decía lo que le habían hecho, pero él era tan bueno que no contestaba nada.

Me afronte a su versión, quería saber ¿qué les habíamos hecho para que nos tratarán así? Les pregunté también porque si yo les había dado tanto ahora ellos no me podían regresar un poco de eso.

Se miraron a los ojos y no supieron que contestar. Mi hermana dijo que simplemente era una estúpida corazonada. En su corazonada él no era el indicado y me haría sufrir mucho, mis ojos se pusieron por un momento en blanco al escuchar su argumento.

Mi hermano me dijo otra barbaridad, según él, no le gustaba verme con mi esposo a mí lado, no le gustaba ver cómo me desvivía y olvidaba mí alrededor por él. Ese día y por unos días más no les dirigí la palabra. Llegue a la conclusión de que solo eran celos, ya que era el hombre que según ellos les venía a quitar a su hermana mayor, pero las cosas no eran así, él era la persona que venía a darle razón a mi vida.

Los días pasaron y ellos seguían apáticos. Tome medidas extremas y ni eso les sirvió para entrar en razón. Por último opte por centrarlos de nuevo, hablar con ellos por fin les hizo entender que me dolía lo que le estaban haciendo. Ellos dijeron que no era a mí a quien le hacían los desplantes, pero les hice entender que era lo mismo, porque yo lo había elegido como compañero de vida y que solo me estaban martirizando con sus celos y presentimientos estúpidos.

Conseguí que me prometieran tratarlo mejor y así fue por un tiempo. Sabía que él no era de su total agrado, pero por lo menos los buenos días le daban y las malas caras se fueron. Cumplieron su promesa de tratarlo porque me querían y sé que lo hicieron por mí y no por él, para mí eso fue suficiente.

Nuestra suerte cambió y un nuevo trabajo llegó para ofrecernos una mejor calidad de vida, o eso pensé cuando llegó con la noticia. Antes de ese trabajo y a pesar de las groserías de mis hermanos éramos felices, no tanto como cuando viaje a su país, pero teníamos una buena armonía juntos. Pero el dinero (o por lo menos eso creía) nos arruino todo.

Él llegaba tarde alegando que al no tener los medios para hacer su trabajo en casa tenía que quedarse más tiempo.

Le creí, aquellas mentiras me las trague. Pero se volvió más frío y ya no hacíamos el amor, solo teníamos sexo y eso porque yo lo exigía.

Siempre creí que algo había hecho mal para que él perdiera el interés, quizás no poder tener hijos fue lo que le molesto, quizás mi comportamiento empalagoso como mis hermanos celosos me decían fue el detonante para que una persona fría como él se alejara, pero no supe la verdad hasta tiempo después.

A aquel familiar que siempre me apoyó le dije la verdad, él fue mi confidente. Mi hermano escucho todo el dolor que estaba guardando, le dije que ese dolor en las noches hacía que mi corazón palpitara con más rapidez, afectando mi salud en lugar de ayudar.

En ese momento él también me confesó que nunca le había gustado mi esposo, solo era cordial porque era el trato que yo me merecía, no él, me dijo que él era una mala persona.

Estúpidamente también me enoje con él, deje de decirle mis problemas y al igual que al resto de mi familia solo les contaba mentiras, les decía que era feliz y que toda aquella nube negra ya no existía.

La realidad era otra, una más fría y dolorosa. Mi esposo y amor de mi vida se había convertido en mi pesadilla psicológica. Incluso puedo jurar que desde que se fue de su país dejo de ser el hombre que yo amaba para convertirse en la mierda que fue conmigo.

¡Uf! Yo era tan ingenia y "buena" que no quería dejarlo, no quería que mi primer matrimonio a la edad de cuarenta años fracasara.

Capítulo 8

CAPÍTULO VIII

De nuevo, di todo de mí, cuando le pedí la segunda oportunidad y él aceptó. De nuevo fui todo eso que siempre fui, pero con más fuerza, en pocas palabras fui la esposa perfecta, tan perfecta que ignore aquella mancha de pintura de labios en su camisa del trabajo, tan perfecta que casi aguante golpes, tan perfecta que pensaba que los gritos y los insultos eran de amor.

En las noches él parecía un perro en jaula. Mi cuerpo, aunque no lo decía, se veía le daba asco, ya ni siquiera me tocaba cuando yo sé lo pedía. En mi mente solo repetía que debía aguantar, tenía que resistir para que eso que tuvimos los primeros meses cobrará fuerzas y me devolviera el amor por él. Nada fue igual, su amor lo había perdido para siempre.

Recuerdo aquella última vez perfectamente. Le pedí el favor a mis hermanos de llevarlo al aeropuerto porque el pasaría las fiestas de Navidad en su país. Fuimos todos a despedirlo, las cosas andaban mal, pero fui tan ingenua que nunca imagine sus planes.

Me dijo que estaba contento porque ya quería ver a su familia y a sus amigos, según él lamentaba no tener el dinero para llevarme. Mentira, todo ese teatro fue una mentira.

Se fue con muchos regalos, más de lo que una persona pobre podría llevar.

Cumpliríamos un año de matrimonio y de nuevo mi salud no era la más perfecta, pero eso no le importo, se fue porque ya tenía todo planeado desde tiempo atrás y no perdería su dinero y tiempo por mí.

Ahora entiendo que fui muy ingenua, pero el amor ciega y eso nadie lo puede negar.

Las fiestas llegaron y con ellas solo un mensaje de felicitación para mí, no le importo saber que tres noches antes yo había pasado internada por una taquicardia que casi se vuelve fatal, no le importo nada, solo mando un:

"Felicidades Anita"

¡Ja!, que fría puede ser la gente en ocasiones. En ese momento algo en mi despertó y me permitió ver por primera vez mi error.

Él dijo que regresaría en enero y yo ya tenía pensado el paso que tenía que dar para intentar ser feliz, pero esta vez sola, ya mucho tenía que

aguantar con mi enfermedad como para tener que aguantar a otra persona fría. El desamor no entraba en mi lista de prioridades, pero él me gano la jugada y me sorprendió para mal. Logrando que por fin conociera al verdadero Adalberto.

El hombre más miserable y cruel de este mundo, lástima que mis hermanos, aquellos que llame celosos tuvieran la razón siempre, eso también me dolió, pero no dije nada.

Llego febrero y nada supe de él, de su trabajo llamaban para preguntar si le había pasado algo, yo solo decía que sí, que por favor le tuvieran paciencia. Si, así de "buena" era.

Aunque yo me quede con su celular nunca viole su privacidad, siempre respete sus espacios y sabía que ese objeto era eso. Pero un día, uno donde le llame y como siempre nadie contestó, decidí entrar a su chat para preguntarle si estaba bien, si le había pasado algo, ya que siempre empleaba el correo para hablar con sus amigos, lo que encontré solo sirvió para abrir más mi pobre corazón.

Encontré aquello que nunca pasó por mi mente, afortunadamente estaba sola en mi casa y nadie pudo ver mi sufrimiento hasta tiempo después.

Los mensajes eran claros, más que cualquier otra cosa, eran mensajes de amor, como los que él me mandaba al inicio de nuestro noviazgo, cada mensaje iba acompañado de muchas lágrimas, de mucho dolor y de una impotencia que solo creció a medida que leía sus palabras.

Siempre imaginé que de un tiempo acá le daba asco mi cuerpo, pero en esos mensajes me di cuenta que no era así, que siempre había sentido repulsión por mí, decía que cada que tenía sexo conmigo era como estar con un animal, decía que ni siquiera él sabía cómo era que podía lograr una erección.

También leí muchas otras cosas igual de dañinas que la anterior. Para mi sorpresa, doble sorpresa, los mensajes no eran de un tiempo para acá, nacían desde el día que nos conocimos.

Todo ese tiempo él había fingido y según los mensajes era para poder ganar dinero trabajando en mi país. Aquel hombre era el amor de su vida, no yo. Lo más irónico fue que lo conocí durante mi viaje y se me hizo la persona más amable del mundo.

Que tonta fui, me casé con un gay sin saber nada, en esos momentos las palabras de su ex mujer me vinieron a la mente "él no es lo que parece" no entiendo porque no fue más clara conmigo, porque tuve que vivir todo para poder darle significado a esa oración.

Efectivamente mi esposo era un ser repugnante y como él decía ahora solo me daba asco recordar su cuerpo, su olor y todo aquello que antes me enamoro. Ahora solo sentía pena, porque tuvo que prostituirse para poder tener dinero. También me dio lástima porque el dinero no lo es todo.

El día de mi cumpleaños por fin llamo, por fin tuve noticias de mi "esposo". Me dijo que me quería que había estado enfermo y me invento un mundo de mentiras que bendito Dios no le creí para nada.

Escuche a detalle cada palabra que salía de aquellos labios que me habían hecho el amor tantas veces y que ahora le hacían el amor a otro. Escuche detenidamente el "sufrimiento" por el que había pasado y debo confesar que como actor tenía un gran futuro, solo era cuestión que se animara.

Deje que terminará todo su teatro, para dar inicio al mío, le hice solo una pregunta, le pregunté cómo se encontraba Ito. Puedo jurar que aunque no lo vi se petrificó.

Guardó silencio (él no era estúpido como yo), un silencio tan largo que jure me había cortado la llamada, solo su respiración agitada me decía lo contrario. Su silencio termino de hacer que mi corazón palpitara más de la cuenta, tenía miedo de sufrir una crisis de nuevo, pero el apoyo de mi hermano y de mi madre que estaban a mi lado a la hora de esa llamada me dieron la fuerza para seguir en pie como la guerrera que era.

Las palabras que me dijo después ni las recuerdo, solo diré que me dijo te amo en más de una ocasión, solo colgué, no valía la pena perder mi tiempo de nuevo en él.

Debía continuar con mi vida, lo que pasará en la suya ahora no me importaba, mi amigo de Canadá era el único que me escuchaba llorar todas las noches. Mis hermanos y familia me apoyaron, pero había sido tan tonta que me daba pena que me vieran llorar por un error que yo cometí, por eso el canadiense era el único sabía cómo me sentía en realidad.

Quince días después de esa llamada y ya un poco más recuperada, recibí una llamada de uno de nuestros amigos en común. Él también era cubano y me pedía que hablara con él una última vez y aunque todo el mundo me decían que no lo viera acepte su petición. Afortunadamente uno de mis hermanos me acompañó, él decía que quería mirarlo a la cara, mi hermano celoso fue mi escudo en esos momentos.

Mi corazón se preparó para ese momento, mi hermano se ofreció para llevarme y estar cerca por si él intentaba algo conmigo, no estuve de acuerdo, pero saber que fue el único que me acompañó me hizo aceptar su apoyo aunque la verdad era que yo no quería ir sola.

Con lo puntal que mi esposo era fue el primero en llegar, al mirar a mi hermano pude ver cómo se tensaba. Claro, era uno de los hermanos que no lo quería desde un principio. Pero para su suerte mi hermano se sentó en otra mesa y de nuevo pude ver cómo se tranquilizaba.

Solo llevaba su ropa y se veía demasiado flaco, si no hubiera leído por mí misma los mensajes y sin ese silencio incómodo que predominó aquel día durante la llamada, seguro me hubiese convencido de nuevo y con facilidad me habría tragado esa historia de la enfermedad. Yo al igual que él solo llevaba mi bolso y unos papeles dentro que minutos más tarde le pediría me firmara.

Hablamos largo tiempo de muchas cosas, nunca gritamos, nunca peleamos. Cualquiera que nos mirara vería a dos amigos solo platicar, no a dos esposos que se estaban dando el adiós.

En esa platica me confesó todo (en verdad no espere tanta sinceridad de su parte). Él me había buscado por el amigo en común que teníamos, nuestro amigo sin querer le había dicho de mí buen corazón, el muy aprovechado vio una oportunidad y pensó que yo entendería cuando me enterara de todo. Fue tan sincero que me platicó sus planes iniciales.

El muy idiota me dijo que como estaba enferma confiaba en hacerme feliz un tiempo ya que al poco moriría. Pero que nada le salió como planeo porque yo tenía mucha vida todavía por delante, pero él ya no quería vivirla conmigo.

Capítulo 9

CAPÍTULO IX

Todas y cada una de sus confesiones me dolieron, fueron como una avalancha de dolor que a cómo pude afronte. Yo no era de esas personas que escuchaban, más bien me gustaba ser escuchada, pero deje que el soltara toda su verdad. Cuando terminó, fue mi turno y a diferencia de él no tarde horas, solo minutos.

Le di la oportunidad de leer el documento y muchas oportunidades más que ni siquiera merecía, pero que con mi corazón de heroína no podía negarle.

El documento era un simple acuerdo que le pedí a mi hermano me hiciera, en el se detallaba mi petición. En un principio no quise, pero aquel hermano mío me convenció de pedir aquello, él y toda mi familia. Prácticamente me habían amenazado con olvidarse de mí si yo lo ayudaba sin pedir algo a cambio.

Las hojas legales detallaban que él podría quedarse en el país con mi consentimiento, a cambio él debía pagarme una mensualidad por cinco años donde me devolvería todo el dinero que había invertido para ir a buscarlo.

Fue tan amoroso que me dijo que ese plazo se ampliaría, me pagaría por siete. Muchas otras cosas detallaba ese documento, muchas que ni siquiera necesitaba, pero que según mi familia debía pedir por castigo a su burla, como por ejemplo no dirigirle la palabra a ninguno de ellos en caso de que los mirara en la calle.

Acepto y cuando iba a firmar le hice señas a mi hermano para que fuera mi abogado y testigo. No negaré que en algún momento creí que lo golpearía o algo por el estilo.

Mi hermano se comportó a la altura, casi hasta el final, cuando lo amenazó con matarlo si regresaba a nuestra casa. Él quedo blanco como un papel, como aquel vestido que con tanto gusto use el día de nuestra falsa boda.

No supe mucho de él, esa fue la última vez que lo vi, el solo cumplía con llamar cada mes para garantizar su depósito, en esas llamadas intentaba ponerme al día de su vida, pero mi indiferencia era tanta que solo hablaba y solo se callaba. En una de ellas me dijo que me extrañaba como mujer, mi herido y frío corazón lo ignoro por completo y desde ese momento dejo de llamar, solo por texto me informaba de sus depósitos.

Mi vida continuo normal, logre retomar el ritmo sin el muy rápido. Alguien me ayudaba mucho en eso, mi amigo el canadiense, él fue mi soporte todo ese tiempo.

Mi enfermedad también salía adelante, pero en un aspecto negativo para mí. Podía sentir que mi cuerpo se cansaba más rápido, unos metros significaban la muerte para mí, el aire me faltaba con tan solo buscar algunas cosas y ni qué decir de mi corazón, llego un momento tan difícil en el que mi presión arterial tuvo parámetros de récord, una persona promedio maneja los limites promedio, pero yo no, la sistólica llegaba hasta el numero setenta y la diastólica a los cuarenta y nueve. Números totalmente fuera de lo normal, cansando mi cuerpo más de lo debió, con unos latidos de cuarenta y nueve por minuto no aptos para este mundo.

El miedo de morir pronto se hacía cada vez más latente, esas cifras era lo único que revelaban para mí y para todo médico que miraba mi caso. En más de una ocasión salió de sus labios la palabra milagro. Para ellos eso era yo, un milagro y un ejemplo de vida, debo confesar que también me mire de esa forma o por lo menos mi vida. Todo era un total milagro y por ello debía aprovechar.

La única manera que encontré fue ayudar con todo lo que tenía a aquellos que viera necesitaban de mí, no hice mucho, pero lo poco que realice me llena de orgullo y sé que de alguna forma a mi familia también, aunque ellos me llamaran madre Teresa.

Los constantes dolores y sufrimientos de mi cuerpo no me permitían quitar mi cara de alegría, por fuera era una y por dentro vivía la muerte.

Como ya dije no me puedo quejar, tuve la dicha de viajar, conocer, comer, disfrutar y lo principal, tuve la dicha de amar y ser correspondía.

El amor lo conocí con la persona que menos pensé y a una edad inimaginable. Con cuarenta y tres años de edad descubrí que estaba enamorada de mi amigo el canadiense y lo mejor de todo es que él también lo estaba de mí. El miedo de mi matrimonio fallido unos años atrás (muy cortos en verdad), me daba la suficiente inseguridad de ser ilusionada y engañada de nuevo, pero el con su ternura y paciencia logró derribar esos miedos.

Las cosas con el eran diferentes, la promesa de vernos ya no recaía en mi porque unos años (muchos) atrás nos conocimos en persona en mi país, justo en el local de mis padres, nuestra amistad y buena química se había dado ahí. Qué tonta fui al no ver lo maravilloso que era antes.

Su vida le permitía prometer visitarme algún día y esa promesa me causaba ilusión y anhelo.

Él era diferente, es de mal gusto comparar, pero él me dio tanto estando tan lejos que nadie me había hecho sentir así nunca en mi vida, ni siquiera el idiota de mi ex marido.

Lo único que a él le causaba inseguridad era su edad, él era mayor por aproximadamente diez años, pero siempre le hice ver que era algo que no me importaba, hasta que simplemente entendió que ese cliché sobre el amor y las edades es simplemente eso, un cliché.

Para nuestra suerte pronto sería pensionado de su trabajo pues había trabajado desde joven y en nuestros planes estaba vivir juntos cerca de aquellos que nos querían, ya fuera en su país natal o en el mío.

Cuando llegó el momento de vernos de nuevo fue mágico y único. A diferencia de mi primer esposo a él mis hermanos, todos, lo quisieron desde el primer segundo y es que en verdad su aura era diferente, más cálida y más amorosa.

Estuvo una semana entera conmigo, lo lleve a diferentes partes y le hice comer de todo, pero principalmente y por primera vez en mi vida sentí que hacía el amor con alguien que me correspondía, fue como vivir mi primera vez de nuevo, de una manera más placentera simplemente no tengo palabras para describir que efectuar el acto del amor con la persona indicada es simplemente único.

Todos y cada día fui de él y él fue mío. Mi cuerpo nunca sintió dolor estando a su lado, él era como mi droga para estar bien, era como si mi alma descansara en su cuerpo y el gustosamente la aceptaba.

Convivimos, reímos e incluso lloramos porque él si sabía la verdadera situación de mi cuerpo y hablar de ello lo ponía triste, hizo un juramento que jamás olvidaré, me prometió hacerme feliz cada día de mi vida si decidía seguir a su lado ya fuera en matrimonio sí o sí.

Él me quería de esposa porque era digna de merecer ese nivel. Ame que me diera mi lugar, ame cada palabra y pensamiento y lo ame cada día más como una chica de instituto.

Las mentiras era algo que disfrutaba, siempre y cuando las dijera yo, pero con el simplemente me hacían sentir culpa, unos seis meses antes de que nuestra relación terminara iniciaron las mentiras por mi parte, relacionadas con mi salud.

Llego un momento donde pasaba gran parte en el hospital (cosa que él no sabía). Mi madre y hermana estaban visiblemente agotadas por cuidarme día y noche, mis hermanos se encargaban de trabajar y proveer dinero para también apoyarme. La estadía era rápida en ocasiones, pero otras eran de semanas.

Me gustaba ver la cara de alegría de mi hermana cuando salíamos de ahí, ella siempre se despedía del lugar como si tuviera vida y le decía que esperaba verlo dentro de diez años, muy en el fondo yo también pedía lo mismo, pero estaba tan cansada y débil que simplemente sabía que eso no era verdad.

Regresábamos más pronto que tarde, tantas veces que incluso se volvió rutina, cada tres días volvía, me atendían, controlaban mis latidos y a mí pobre corazón y regresaba de nuevo a casa.

Para aquellos momentos ya no solo era ese órgano, aquella abertura había mandado sangre a mis pulmones, por eso era que ya no podía respirar igual, también me había afectado los riñones, ellos debían trabajar más y al paso que iba caería en falla renal.

Yo no quería eso, porque trabajar en el hospital me había demostrado que esos problemas son difíciles para el paciente y sus familias.

En verdad yo no importaba, pero mi familia era otra cosa, no quería verlos sufrir por mí y tener que dividirse en mí. Ya habían sufrido mucho como para darles esa carga. Eso lo saben porque tiempo después se los dije y me dijeron que estaba loca, que ellos estarían siempre para mí y así fue.

Mi novio no supo nada, seguía con sus planes de boda y aunque me dolía no podía quitarle la ilusión de creerse mi esposo, yo sinceramente no sabía si lograría vivir mucho tiempo, pero ya habían pasado catorce años desde aquel primer y fatal diagnóstico de tres meses. Por mucho tiempo había superado la marca y aunque ahora era diferente, de nuevo Dios tenía la última palabra.

Saber que ahora no era un órgano si no tres me hizo ser más fuerte y sacarles lo mejor que tenía cada uno para dar, alargar mi vida en ese momento era mi objetivo principal. Mi ángel de nuevo hizo todo para mejorar mi calidad de vida, cambio mi cardiólogo por uno con mayor experiencia y me permito disfrutar de nuevo.

Un tiempo después, decidí planear un viaje en familia, mi cuerpo no resistía casi nada, pero me dije que viviría ese viaje como si fuera el último. Fue planeado con tanto detenimiento que incluso mi novio estaba incluido en ese viaje. El vendría de nuevo para vacaciones porque quería ver un coche, solo faltaban tres años para que se jubilará y ya quería ver muchas cosas para su nueva residencia en México. Porque habíamos decidido vivir aquí para que el clima de su país natal y la altura no me perjudicará, según él Chile estaba muy sobre el nivel del mar.

Lo que de nuevo él no supo fue que dos semanas antes de partir a ese hermoso lugar de vacaciones de nuevo fui presa de mi enfermedad. En

tan sólo quince días había estado más de ocho veces en el hospital, mi taquicardia era imparable y ya está preocupando a los doctores que mi corazón resistiera ese ritmo. Pero no me detuve, todos tenían mucha ilusión a ese viaje y no podía posponerlo por cosas tan simples como mi dolor. Puse mi mejor cara y durante ese viaje me prometí disfrutar al máximo cada experiencia.

Comí, reí y disfrute cada segundo a su lado y también disfrute de mi familia como nunca. Recorrimos tantos lugares bellos que le rogué a Dios poder vivir esa experiencia de nuevo. Mi novio decía que a eso nos dedicaríamos, conocer mi país hasta que estuviéramos muy grandes y no nos pudiéramos mover.

Yo solo sonreí, sabía que no podía hacer ninguna promesa, solo dije que debíamos disfrutar ese viaje como si fuera el último. Recuerdo que él se enojó y me dijo que estaba loca que ese sería el primero de muchos que estaban por venir. No quise desmentirlo.

Antes de que el regresará a su país, lo hicimos una última vez, como despedida al menos de mi parte, me deleité con su tacto y delicadeza, ¿me canse más?, claro que sí, pero cada latido valió la pena. Él se fue y me tome más fotos que nunca antes de despedirnos, mi hermana fue la fotógrafa a pesar de que yo sabía que ella odia tomar fotos, le pedí el favor y gustosa acepto.

Se fue y le dije algo en secreto, solo él y yo sabíamos eso. Nadie más, mi hermana no se percató porque decidió darnos espacio para nuestra despedida, año y un mes después ellos se enterarían de esa declaración que muy en el fondo dolía más de lo que debía doler.

Capítulo 10

EPÍLOGO

Mes y medio después de aquel maravilloso viaje y de todas aquellas experiencias que repetiría sin dudar, mi corazón por fin me dio paz. Ya habíamos vivido mucho los últimos meses porque después del viaje caí en picada, ahora el aire se iba más rápido de lo normal, no podía caminar de mi casa a la de mis padres porque me sentía desmayar.

Me hacían todo y aunque siempre fui un poco floja en esta ocasión ya no me gustaba para nada, pero ellas decían que lo hacían con gusto, yo solo lloraba sin que ellas supieran o eso creo, porque después supe que ellas ya sabían todo solo se hacían las fuertes por mí.

Una noche, la penúltima, mi hermana acepto dormir en mi casa, a ella no le gustaba, pero ese día no se negó cosa que le agradezco porque mi temor fue muy grande. La luz se había ido y no tenía sueño ni nada, por lo que siempre dude que fuera uno, yo tenía un sexto sentido y sabía cuándo algo malo iba a pasar, esa noche vi una sombra negra al pie de mi cama, no vi cómo salí de casa para encontrarme con ella en la sala.

Le expliqué mi alucinación, le conté lo sucedido pero le dije que era un sueño a lo que ella solo me llamo tonta. Como siempre la fría chica me dijo que estaba loca y que solo eran cosas mías, pero que aun así me acompañaría a dormir.

Me consoló que durmiera conmigo lo que no me gusto fue que durmiera en la colchoneta, juro que ella se arrepiente de eso... Pero hermana eso te pasa por fría, aun así estuviste que fue lo importante, no seas tan dura.

Mi última noche, les dije que me sentía un poco mal, fui a la sala y comimos de un pastel que más bien fue todo para mí, comí como nunca antes había comido sin remordimiento de ningún tipo, como si supiera que esas calorías no me iban a engordar. Incluso pedí uno con tiempo para el cumpleaños de papá, que se aproximaba, solo faltaban dos días para ello.

Que regalo te di, lo siento tanto papá.

Me despedí de ellos y le dije a mi hermana que dejara el celular encendido por si algo se ofrecía en la madrugada.

Al llegar a casa le marque a mi amor y le dije todo lo que sentía por él, le mande un último mensaje a mi hermana y me dispuse a dormir, feliz.

A las tres de la mañana aproximadamente, me tocó levantar a todos en casa porque sentía que mi corazón se salía de mi caja torácica. Como mi hermana prometió (porque fue algo que le enseñe, las promesas se cumplen), dejó su celular listo para mí llamada.

Salimos de casa, yo iba mal, pero trate de verme bella como siempre, todos sabían mi rutina antes del hospital e igual cada uno sabía el papel que debía desempeñar en ella.

Mi mamá me arreglaba, mi hermana buscaba mis medicamentos y mi hermano se encargaba de mover el carro para que yo caminara lo menos posible. Mamá iba detrás conmigo y ellos dos adelante. Solo mi madre se percató de mi desmayo por falta de aire, uno que recupere rápidamente.

Al llegar al hospital me despedí de ellos, agradeciendo todo lo que habían hecho esa noche por mí y pidiendo disculpas por hablar interrumpido su sueño.

Ingresé, me dieron los cuidados de siempre, pero mi corazón parecía desalineado. Todo el día estuvieron tratando de normalizarlo pero él se negaba.

Mis últimos suspiros los use para decirles puras locuras.

Lleme a mis hermanos uno por uno, a mi hermana le pregunte ¿Qué tal estaba?, ¿Cómo había sido su día?, le dije que tenía hambre y que ya quería verla en la noche (pues ella sabía que se quedaría conmigo en el hospital). Le dije que la quería y que lamentaba que se levantara esa madrugada por mí. Le pregunté si tenía venta y puras burradas.

No podía decirle que me estaba muriendo porque sabía que eso haría que rompiera su promesa de no llorar por mí. Qué tonta fui en verdad. Con mi hermano fue lo mismo, las mismas preguntas y todo, con mi otro hermano intente hablar, pero él no contesto y como mi aliento no daba para seguir hablando tuve que desistir. Al colgar me tuvieron que nebulizar e inyectar suero, pude ver el rostro de miedo en mi madre, pero ya no podía seguir haciéndome la fuerte, ya no podía seguir... Era imposible.

Las llamadas las efectúe a las seis de la tarde, a las siete me vino mi primer paro cardiaco para dejarme en coma, no sé cómo reaccionó mi familia después de saber que lo que tanto deteste (ser inducida al descanso) se hizo realidad.

Mi trabajo me permitía saber que cuando entubas a un paciente es porque no hay nada más que hacer y siempre le dije a mi familia que cuando llegara ese momento no lo permitieran, les dije que me dejaran marchar...pero ellos no supieron de mi estado hasta las ocho de la noche

por lo que no creo que hayan tenido culpa de algo.

A las nueve con cuarenta y cinco minutos un día sábado doce de mayo mi vida por fin llegó a su fin, di mi último suspiro como buena guerrera y llore, llore por no poder despedirme de ellos, llore por dejarlos, pero principalmente llore para agradecerle a Dios el haberme permitido vivir mi vida de la manera más linda.

Lo que vino después ya no lo vi con mis ojos, más bien fue con mi alma.

Mi hermana ingreso para identificar mi cuerpo, secó mis lágrimas de felicidad y sé que eso le dolió mucho, porque ahí fue cuando rompió su promesa, aquella que me hizo muchos años atrás, aunque bueno yo ya no estaba, así que no fue tanto romper.

Me fui, la hermana, la amiga y la amante dejaba todas sus promesas al aire porque ya no podía resistir más, ya no podía alargar lo inevitable.

La vida es prestada y cuando se tiene que devolver solo debemos agradecer. Por eso agradecí todo lo que había vivido al lado de los que ame y me amaron.

Agradecí los viajes, las amistades y principalmente esos tres meses que se volvieron quince años, eso es un regalo que no se le da a cualquiera.

Un año y un mes después mi amor regresaría para cumplir su promesa, conocer mi nuevo hogar... El último. Me prometió una noche de llanto que tenía que venir a mirarme y lo hizo. También vino para decirle a mi familia aquel secreto que le dije en el aeropuerto.

Era simple, le dije:

No llores cariño, pero esta es la última vez que nos veremos, debes saber que te amo y te esperare hasta que llegues a mi lado. Diles a mis chicos que los quiero y dile a mis padres y a todos (amigos), que les agradezco todo lo que hicieron por mí, que también los esperare para calentarles la cabeza del otro lado. Principalmente diles que nunca se podrán librar de mí...